SR. PBRO. D. EUFEMIO ASTEY,
CURA DE FRESNILLO.—ZACATECAS.

SR. PBRO.

DON EUFEMIO ASTEI.

CURA DE FRESNILLO, ESTADO DE ZACATECAS.

La primera de las postrimerías es lo que más impone al ánimo del espíritu humano.

El espectáculo de la muerte nos llena de pavor, porque ante el cadáver se vienen a nuestra imaginación los misterios de la otra vida, ese más allá que nos aterra i espanta, precisamente porque no le conocemos i no está en nuestra creencia, por más que quieran i filosofen los materialistas, que nuestro fin está en los umbrales de la tumba, que no hai otra existencia a donde debemos dar cuenta de nuestras acciones ante un Sér Superior, que dispensa los premios i castigos merecidos por las acciones humanas.

Ese santo terror parece como que sale de una voz interior que agita nuestras conciencias i nos pregunta por los actos de nuestra vida que quizá no han sido lo suficientemente arreglados a nuestros deberes morales i religiosos.

Ese respeto a los muertos es universal.

Desde los tiempos más remotos, los pueblos de diferentes cultos i costumbres, han tenido una veneración por esa materia inerte, acabada de abandonar por el espíritu i que no confundimos con la piedra, porque si su envoltura diseminada en átomos va a seguir su curso en la evolución de la naturaleza, el espíritu que le animaba se ha elevado a las regiones del infinito a dar cuenta a su Creador, estrecha cuenta en que no cabe el engaño, los subterfugios, ni las disculpas ante el Supremo Tribunal de la verdad.

Esos ojos velados por la muerte, ese rostro severo en su inmovilidad, nos recuerda que por lei de nuestra naturaleza, tenemos que llegar al mismo estado, que nuestra carne no es eterna i que ésta al fin volverá a convertirse en el polvo de la tierra, así como fué formada de la tierra misma.

Qué espectáculo tan aterrador el que ofrece un moribundo en los últimos momentos de su agonía, cuando pálido el semblante, desencajado el rostro, con la respiración fatigosa, contemplamos conmovidos, viéndole debatirse i luchar i luchar sin esperanza contra las garras de la parca inexorable.

Con qué sublimidad la describe el poeta:

"Imagen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho
Mostrándome cortado el mundo estrecho,
Consuelo sólo de mi adversa suerte."

Hasta los santos, los hombres más virtuosos, le temen.

Morirán con la tranquilidad del justo, hasta con la resignación del justo; pero ese temor instintivo al no sér, se impone, como el instinto de la propia conservación.

Hasta el animal tiembla ante la vista del peligro en que presiente encontrar la destrucción de su sér.

¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria!—leemos en los libros místicos.

Nosotros hemos visto a muchos incrédulos, que blasonan de libres pensadores, inclinar sus frentes con respeto ante las heladas tumbas de sus parientes i amigos en la clásica fiesta del día 2 de noviembre.

La Iglesia ha consagrado ese día a la conmemoración de los fieles difuntos, correspondiendo de esta manera a sus propias doctrinas i al sentimiento general del pueblo cristiano.

El sacerdote viste sus altares de negro, i negras son sus sagradas vestiduras.

El libre pensador, lejos del espectáculo de la muerte, se ríe desde lejos, de estas prácticas religiosas; pero los fieles se sienten inspirados de santa i religiosa piedad, i unidos con el sacerdote, elevan sus preces hasta el trono del Dios de las misericordias por la salud eterna de las almas que han abandonado este Valle que llamamos con justicia el Valle de las lágrimas.

¿Y por qué temer abandonar un mundo que sólo ofrece a nuestro paso espinas i dolores?; ¿por qué nos apegamos con tanto ahinco a la vida i se la dispu-

tamos palmo a palmo a la muerte, que al fin ha de salir vencedora de nuestras ansias i agonías?

Misterio incomprensible que no sabemos explicarnos; pero que sí nos revela que existe universalmente la consoladora creencia de la inmortalidad del alma.

Experimenta cierta fruición de gozo nuestro espíritu, cierta tranquilidad, cuando reflexionamos que nuestra alma no desaparece con el cuerpo, sino que tiene un destino superior a las miserias de esta tierra.

Cobra aliento en este camino de penalidades, como el viajero en el desierto, que divisa allá a lo lejos las palmeras i los frescos arroyos del oasis.

Sabe que el término de sus afanes está en el cielo, la mansión reservada a los justos, i cobra nuevos bríos para seguir por la senda de la virtud hasta alcanzar el premio merecido por sus actos meritorios.

El hombre teniendo siempre en su memoria la imagen de la muerte, que romperá el hilo que le liga a los intereses mundanos, cobrará horror al vicio por el temor del castigo eterno, i si es oveja descarriada, correrá a buscar amparo bajo el báculo del Divino Salvador, rico en misericordias i abundante en perdonar a los pecadores arrepentidos que en él busquen el consuelo.

Duro es a la verdad entrar en estas tétricas consideraciones; pero es fuerza que alguna vez el hombre tienda la vista, obscurecido tal vez por sus propias pasiones, hacia el término final de la vida, que como

el ladrón, no sabemos cuándo ni a qué horas llegará.

Tal vez en el estruendo de una orgía, el hombre mundano que nunca se acuerda de su Dios, está mui lejos de que al salir de ella encontrará la muerte, ella, que para herir implacable, no respeta edades i condiciones.

Por eso debemos, como el soldado que entra al combate, estar siempre prevenidos con la oración i la virtud, para emprender la última marcha.

Ahora vamos a tratar de uno de los insignes paladines de la Religión, el señor Cura de Fresnillo (Estado de Zacatecas), D. Eufemio Astei, quien descollando por sus virtudes de entre los demás fieles a la causa del Cristianismo, se hace digno de ocupar un lugar en esta galería de prominentes miembros del Clero Mejicano, que nos hemos propuesto hacer a pesar de nuestras escasas fuerzas.

D. Eufemio Astei vió la luz primera bajo el sereno cielo de Ojuelos, Estado de Jalisco, una de las más poéticas ciudades de nuestro territorio, el día 20 de mayo de 1829.

Hijo de padres católicos i virtuosos como lo fueron D. José de la Rosa Astei i Dª Paula Alvarado, fué conducido para recibir las aguas del bautismo por el Sr. D. José María Díaz de León i la Srita. Dª Ignacia Díaz de León, sacramento que le fué ministrado por el venerable párroco de aquella localidad, Presbítero D. Bernabé Gutiérrez, quedando desde entonces afiliado a la Religión Católica, de la que más tarde había de ser digno Ministro i a la que

había de prestar en adelante servicios de gran significación.

El año de 1842 recibió el sacramento de la confirmación de manos del Ilmo. Sr. Obispo D. Diego Aranda, apadrinando esta ceremonia el Sr. D. José de la Luz Villaseñor.

Deslizóse tranquila su infancia bajo el techo del hogar paterno, sin que una nube enturbiara el cielo tranquilo de su inocente felicidad de niño, hasta que, cuando ya hubo empezado a tener uso de razón, entró al colegio que tenía a su cargo el Sr. D. Mariano Castro, de Aguascalientes, con cuya dirección hizo los primeros estudios, dando desde luego pruebas de una inteligencia superior i despejada, de una esclarecida memoria i de un amor al estudio que le hizo sobresalir de sus demás compañeros de escuela i le captó, con justicia, las simpatías de su maestro, quien no lo segregó de su lado hasta que estuvo apto para poder cursar los estudios de orden superior.

Habiendo concluido su instrucción rudimentaria, fué enviado por sus señores padres a la ciudad de Lagos, donde cursó primero i segundo año de latinidad, siendo sus maestros respectivamente los señores Presbíteros D. Alejandro G. Portugal i D. Jorge Romo.

Terminados sus estudios preparatorios fué trasladado a Guadalajara, en cuyo Seminario hizo su carrera eclesiástica, teniendo por catedráticos, durante ella, a los Sres. Dres. D. Agustín Rivera i D. Agustín de la Rosa, recibiendo las primeras órdenes sacerdotales del Ilmo. Sr. Obispo de Guadalajara, después primer Arzobispo de la misma Diócesis, D. Pedro Espinosa, el año de 1856.

A principios del año de 1857 fué enviado por órden del Gobierno Eclesiástico al Estado de Zacatecas en calidad de Ministro.

En esa época empezó la guerra de la Reforma que nos legó tan tristes episodios i que regó de sangre mejicana las campiñas de nuestro fértil suelo.

La tea revolucionaria ardió por doquier, arrasando los campos dorados por las espigas rubias del trigo i las verdes simientes que el labrador había cultivado con el sudor de su frente para dar alimento a su familia.

Esa guerra fratricida, en la que el Clero fué víctima de innumerables persecuciones, dió origen para que D. Eufemio Astei fuése trasladado a la Villa de Jerez a ejercer su sagrado ministerio, porque en Zacatecas, donde por entonces residía, habíase levantado el sombrío fantasma del odio i el exterminio.

En los primeros años de su residencia en esa villa, estaba aquella sociedad en una anarquía completa por motivo de los partidos políticos, i como remedio para ese mal, promovió i puso en práctica la bellísima devoción del mes de María, la que fué aceptada con beneplácito por todas las familias católicas del lugar, celebrándose con gran solemnidad.

El cáncer desapareció, i hasta ahora, debido a esa práctica que se ha continuado con rigurosa precisión anualmente, no ha vuelto a aparecer el mal.

Algún tiempo después, estuvo como Cura encargado de aquella parroquia, i durante su gobierno hizo construir en el templo que tenía a su cargo, dos altares de orden compuesto, de dos cuerpos, en las cabeceras de las naves; cuatro de un cuerpo en los laterales, i además los pórticos de los canceles de los costados, también del mismo orden.

Igualmente fundó en Jerez una escuela parroquial para niñas, i casi todas las señoras opulentas i pobres que forman actualmente la sociedad de aquella villa, recibieron su enseñanza i educación moral i religiosa en dicho plantel.

Ha sido después cura de Amatlán de Cañas, en donde, por la influencia que el clima cálido ejerce en sus habitantes, se vive enmedio de la ociosidad, la disipación i el vicio. Allí estableció un ejercicio nocturno de Visita al Santísimo Rosario i explicación de doctrina Cristiana, que favoreció demasiado i encarriló por mejor camino a aquellas gentes.

Fué después párroco de Jalisco, de Jalpa, i Villanueva, del Estado de Zacatecas, i en esta última población reedificó la casa cural, haciendo en ella un gran salón, en el que fundó una escuela para niños, la que produjo ópimos frutos.

En ella hicieron sus primeros estudios el actual Cura del Sagrario de Zacatecas; el Presbítero D. Benito Márquez, actual Capellán de la Bufa, de Zacatecas; el Presbítero D. Ignacio Baez, actual Ministro de Jerez; el Presbítero D. Luis Piedras, actual Capellán de la Hacienda del Maguei; el Presbítero

D. J. de Jesús Nava, actual Ministro de la parroquia de Fresnillo; el Lic. D. Alejo Rodríguez, de la Barca; el Lic. Catarino Olvera, de Villanueva; el Escribano Público D. Francisco Pérez, de Zacatecas; el Dr. D. Jesús A. Astei, i los finados Dr. D. Domingo Méndez i Lic. D. Amado Antillón.

Con un legado que dejó al morir una señora piadosa, fundó en dicha parroquia una escuela para niñas, en la que el Sr. Cura Astei, en persona, daba cátedra sobre dogmas i deberes, religiosos i sociales.

Después fué Cura de Asientos, en el Estado de Aguascalientes, donde hizo a su vez innumerables mejoras materiales i espirituales, i últimamente tiene a su cargo la casa Cural de Fresnillo, en donde se ha captado el respeto de los feligreses.

El Ilmo. Prelado de la Diócesis a que pertenece, le ha ofrecido una silla de Canónigo, la cual no ha aceptado, en primer lugar, porque la modestia i la humildad han sido su lema, i en segundo porque no quiere separarse de los fieles de quienes es pastor, pues los ama como a hijos verdaderos.

Ministros tan dignos de nuestra Religión como el Sr. Astei, que ha consagrado su existencia a la felicidad de la humanidad i sembrado por doquiera la doctrina del Crucifijado, merecen ser conocidos por la posteridad i por eso nos hemos propuesto, aunque sea someramente, biografiarlo, esperando que su vida sirva de ejemplo a los Ministros que empiezan a dar los primeros pasos sobre el escabroso sendero del ministerio de la Religión Cristiana.

SR. PBRO. D. MATEO PALAZUELOS,

CURA DE SANTA MARIA LA REDONDA.—D. F.